

Refrescante y revolucionaria, la primera novela de **Patricia Lockwood** logra trasladar a la narrativa la complejidad de nuestra vida en el disperso y automatizado mundo digital actual

Originalidad y fragmentación para narrar la vida en la era de la Red

por **GONZALO TORNE** Todavía no ha terminado febrero y debemos

ser prudentes, pero va a ser muy complicado que *Poco se habla de esto*, el debut narrativo de Patricia Lockwood (Fort Wayne, Indiana, 1982), no sea una de las novelas más originales del año, y cuando digo original, incluyo también lograda; cuando se trata de novela la originalidad malograda se queda en simple extravagancia.

La premisa argumental se resuelve enseguida, la novela está protagonizada por una mujer estadounidense, que tuvo un breve éxito de visibilidad en internet con la frase: «Un perro puede ser gemelos», y que desde entonces participa en ferias, festivales, congresos y paneles dedicados al mundo virtual, y que se pasa buena parte de su vida metida en el portal.

La novela en su primera parte traza la experiencia de vivir y sentir con buena parte de la actividad mental diaria volcada en las pantallas. Está constituida por una sucesión de párrafos, aparentemente inconexos (volveré a esto más adelante) donde mediante anécdotas e impresiones (agudas, y muy variadas, la autora tiene un ingenio plástico para evitar el lugar común y para practicar el *self-deprecating*) se ofrece un análisis severo y preciso de numerosos fenómenos de in-

ternet: las famas fugaces, la propagación del interés, los afectos indirectos, la exposición, la bulimia comunicativa, las horas muertas a la espera de que pase «lo del día»... Pero donde la novela descuella es en transmitir la experiencia de una mente triturada por el consumo diario de información, una actividad que Lockwood presenta con todo su atractivo y fascinación, una suerte de red (en el sentido de telaraña) de la que no se puede escapar, como no se puede escapar de la revolución industrial o de la era del plástico, pues es ya nuestro mundo.

Si *Poco se habla de esto* supera a sus competidoras en la descripción de internet es porque la mayoría de novelas suelen fracasar por un prurito de naturalismo, una obediencia mimética que la literatura no puede satisfacer. ¿Se acuerdan cuando para demostrar que el personaje estaba escribiendo un correo electrónico se describía el encabezamiento, el destinatario, el tema y unas cuantas arrobas? Se trata de un disparate, como consignar el remitente y dibujar el sello en una novela epistolar. En literatura la comida, el sexo o un paseo no reproducen las sensaciones que provocan en la vida real; ofrecen una condensación artística de esa experiencia, una comprensión de sus efectos.



PATRICIA LOCKWOOD
POCO SE HABLA DE ESTO

Traducción de Inga Pellisa.
Alpha Decay.
208 páginas.
19,90 euros.

UN DEBUT QUE HA DADO QUÉ HABLAR
“No recuerdo la última vez que me reí tanto.

Qué escritora tan ingeniosa y sorprendente”, ha escrito el humorista David Sedaris sobre este estreno, finalista del Booker y el Woman Prize. También las escritoras Roxane Gay (“Lockwood es una sagaz observadora de la rareza de la cultura ‘online’), Sally Rooney (“un talento realmente singular”) y Jia Tolentino (“Una novela furiosamente original, viva e imprevisible”) han celebrado este libro

Este es el logro de Lockwood, no nos ofrece una descripción naturalista de lo que supone vivir en el portal sino los efectos de esa experiencia.

Conviene también que el lector tenga presente que narrar un asesinato no convierte al escritor en asesino, y que la inteligencia con la que Lockwood expone la vida de un cerebro triturado por el consumo del portal implica que el suyo no lo está del todo, que es capaz de salirse del proceso, verlo desde fuera e hilvararlo en una forma inesperada, pero «convinciente», de manera parecida a como James Joyce y Virginia Woolf (ambos citados en el texto) abordaron por primera vez la corriente y la volubilidad de la conciencia. En *Poco se habla de esto* hay poco de descripción ingenua y mucho (muchísimo) de construcción artística.

Al fin y al cabo el desorden es sólo aparente. Los diversos capítulos, aunque compuestos de cápsulas variadas, imaginativas, de una comicidad irreverente y un fondo de tristeza por la vida consumida frente a las pantallas, terminan orbitando sobre un asunto dominante: el matrimonio, las relaciones fraternas, las políticas criminales de Trump...

El argumento vacante (¿cómo vamos a construir una trama en un mundo de espasmos inconexos de información?) termina manifestándose mediado el libro con un problema de salud, al fin y al cabo, da igual quién seas, en qué época vivas o a qué te dediques: nadie te enreda en un argumento mejor que la propia vida. No le destriparé al lector el asunto pero Lockwood consigue confrontar los valores conservadores de la familia mientras pone en evidencia las limitaciones de las reservas irónicas (la defensa psicológica y anímica de su generación) de la protagonista. Confrontar, tensar, examinar nuestras ideas sobre cómo vivir, es el trabajo que mejor hace la novela, en una versión nunca vista. **L**